

Palabras de admiración y cariño en recuerdo de Pepe Portolés

MARÍA ANTONIA MARTÍN ZORRAQUINO
Universidad de Zaragoza
mamz@unizar.es

Agradezco muy de veras al profesor Alberto Ferrera Lagoa la oportunidad de poder colaborar en este volumen en el que tributamos homenaje a Pepe Portolés. Habiendo superado el plazo de presentación del trabajo prometido, el Prof. Ferrera ha tenido la delicadeza de permitirme escribir estas palabras que evocan a Pepe como antiguo estudiante de la Universidad de Zaragoza y como colega y amigo con el que tuve el privilegio de colaborar.

Pepe fue un brillante alumno de la Licenciatura en Filología Hispánica de la Universidad de Zaragoza entre octubre de 1976 y junio de 1981. Lamentablemente, yo solo pude darle clase el último trimestre de quinto curso, en la asignatura de Gramática general y española II, porque entre octubre y febrero fui profesora visitante en la Universidad de Zúrich, y en el mes de marzo, miembro de un tribunal de oposiciones en Madrid. Así que solo puedo presumir de haber sido su profesora en los tres últimos meses de su carrera en Zaragoza (y durante unos pocos días de octubre de 1980, en los que les expuse a los estudiantes las características de la asignatura, las del trabajo que debían preparar sobre un tema elegido por ellos, las del examen final y, en fin, las peculiaridades del curso que íbamos a vivir por mi marcha fuera de España). Por supuesto, Pepe obtuvo, con todo merecimiento, sobresaliente y matrícula de honor.

Recuerdo que aquel curso (1980-1981) fue Francisco (Paco) Hernández Paricio el profesor que se hizo cargo de mi asignatura mientras yo estuve en Suiza. El programa consistía fundamentalmente, de una parte, en una introducción a la gramática generativa y, de otra, en una presentación de ciertos fenómenos lingüísticos del español a partir de diversos planteamientos teóricos. Yo me encargué de este segundo apartado, ofreciendo una revisión de las categorías verbales y el verbo ruso de Roman Jakobson con referencia al español (y a algunas otras lenguas, mayoritariamente románicas), lo que me llevó a tratar de las propiedades del verbo desde distintos puntos de vista funcionalistas,

convergentes y divergentes de los de Jakobson: los de Alarcos, Pottier, o Coseriu, sobre todo. Recuerdo a Pepe, escuchando atentamente siempre, pero poco dado a tomar apuntes (probablemente porque conocía ya lo que yo explicaba).

La licenciatura que Pepe cursó en Zaragoza se ajustaba al llamado Plan 73, con tres años comunes a todas las filologías, y dos cursos de especialidad, que, en nuestra universidad, permitían dos direcciones, diferenciadas por el peso respectivo de las asignaturas troncales y también por la elección, por parte del alumno, de las materias optativas. Así, se implantó desde el principio una titulación con una opción lingüística y una opción literaria. La que permitía más opcionalidad era la primera. Esta consistía en dos materias obligatorias de lingüística y lengua española en cada curso –la Gramática histórica de la lengua española I y II, con Tomás Buesa, y la Gramática general y española I y II, con Félix Monge y, a partir de 1981-82, con Monge y con José F. Val Álvaro, pues yo pasé a ocuparme de materias de Lengua española exclusivamente–, más una obligatoria de literatura en cada curso, y una optativa también en cada curso, de contenido preferentemente lingüístico. A su vez, la opción literaria obligaba al alumno a cursar tres materias literarias en cada año (medieval, siglo XVI y siglo XVII, en cuarto; siglo XVIII, siglo XIX y siglo XX, en quinto), más una de las materias obligatorias de la vertiente lingüística en cada caso, con una optativa de contenido preferentemente literario también en cada caso. A menudo los estudiantes se decidían por el llamado «Plan rígido», consistente en las dos materias obligatorias de tipo lingüístico y las tres materias obligatorias de índole literaria.

Pepe escogió la opción lingüística, aunque no me atrevo ni siquiera a sugerir las asignaturas que seleccionó, porque tal vez siguiera el plan rígido. Yo no tuve mucho trato con él durante aquel curso, como es natural. Pero sí recuerdo que me presentó un brillante trabajo monográfico sobre los interfijos en español y que en septiembre-octubre de 1981 formé parte del tribunal que juzgó su tesina de licenciatura, también sobre los interfijos en español, tesina que, dirigida por Monge, obtuvo la máxima calificación. Monge me comentó entonces que él iba a cursar el doctorado en Madrid bajo la dirección de su tío, Fernando Lázaro Carreter (también habría yo de formar parte del tribunal calificador de su tesis doctoral, como comentaré más adelante). Nuestra relación se hizo mucho más intensa once o doce años después: en la década de los 90, cuando elaboramos juntos el capítulo 63 de la *Gramática descriptiva de la lengua española* (GDLE) –«Los marcadores del discurso»–, dirigida por Ignacio Bosque y Violeta Demonte. Tuvimos ocasión entonces de hablar mucho más, de intercambiar ideas muy interesantes, de discutir bastante, porque no siempre coincidíamos en nuestras preferencias metodológicas, pero, al final, concluimos como buenos amigos: pese a

nuestras diferencias, los dos nos sentimos muy contentos con nuestro capítulo, el más extenso de toda la GDLE.

En Zaragoza, Pepe recibió las enseñanzas de los profesores citados, pero también fue alumno de otros más. Por ejemplo, de Pepe Val (en Lengua española), ya desde primer curso, de Juan Manuel Cacho Bleuca (en Literatura española), de Jorge Ayala (en Filosofía), de Ana María Aldama (en Latín), o de Leonardo Romero Tobar, o de Aurora Egido (en materias literarias de la especialidad). Además, Pepe fue un excelente compañero de curso; entre otros estudiantes, de Carmen Peña Ardid, que se ha especializado, como profesora de nuestra universidad, en cine, literatura y feminismo; de Miguel Ángel Muro Munilla, profesor en la Universidad de La Rioja, o de Fernando Aramburu (sí, el novelista autor, por ejemplo, de *Los peces de la amargura* o de *Patria*), que se incorporó a la Universidad de Zaragoza para cursar la especialidad de Filología Hispánica, aunque entonces sus compañeros no podían sospechar su vocación¹. Sobre todo, Pepe fue el amigo inseparable de Fermín Ezpeleta y de Rufino Pérez Miguel: un trío fraternal².

Según me ha contado Fermín, Pepe tenía muy claro qué quería hacer desde el primer curso de carrera en octubre de 1976: acabar la licenciatura en 1981 con una media de sobresaliente (y con tesina incluida), tener cumplido el servicio militar (para poder dedicarse a la investigación –a la tesis– inmediatamente después del término de la carrera) y simultanear, por tanto, como voluntario (en acuartelamiento zaragozano), la mili y los cursos de la universidad. Eso lo obligó a cursar el segundo año y parte del tercero en el horario del grupo nocturno, aunque, además, siempre que podía se acercaba a las clases de alguno de los diurnos. Por otra parte, tenía verdadero interés por el aprendizaje de idiomas: cursó francés en la licenciatura, pero también se matriculó en el Instituto de Idiomas de la Universidad tanto en francés como en inglés, e incluso hizo algún curso de alemán, y, además, animó a sus dos amigos a que hicieran lo mismo. Compartieron, en ese sentido, una experiencia inolvidable: un viaje a Bristol, durante todo un mes de julio, para mejorar el inglés. De otro lado, habló ya en cuarto con su tío (Lázaro Carreter) para ir preparando la tesina.

¹ Aramburu ha recordado en varias ocasiones, con enorme cariño, su paso por Zaragoza, que le sorprendió gratamente, como ciudad, incluidos sus ciudadanos, y por su universidad, con profesores jóvenes a los que nos ha nombrado con afecto: por ejemplo, a Aurora Egido y a Agustín Sánchez Vidal; de mí misma, ha comentado que lo suspendí. Fue en la asignatura optativa de Comentario lingüístico de textos. Tuvimos ocasión de conversar entonces, y me contó que escribía cuentos para niños. Firmaba como «el señor Aramburokópulos». Años después de terminar su licenciatura, estuvo por Zaragoza, nos encontramos por la calle y pasamos un buen rato hablando de nuevo sobre los cuentos para niños.

² Le agradezco de todo corazón a Fermín Ezpeleta, con quien comparto actualmente Grupo de Investigación (GENUS, dirigido por Luis Beltrán Almería), la rica y sentida información que me ha transmitido sobre Pepe, información que, en buena medida, confirma muchas de las cualidades que yo aprecié en él, a través de sus trabajos (tesina y tesis) y, muy especialmente, de nuestro trato en los años 90.

Don Fernando le propuso dos temas: uno relacionado con Boscán, y otro sobre los interfijos. Él, que ya se había decantado por la opción lingüística, escogió el segundo. Y cumplió a rajatabla su programa. De hecho, obtuvo una media de sobresaliente en su expediente académico, terminó la mili y defendió su tesina en septiembre-octubre de 1981, tras un verano en el que, como comprobó su amigo Fermín Ezpeleta, a base de ventiladores, trabajó una media de diez horas diarias (algunas de ellas en compañía de Fermín, mientras buscaban al alimón palabras con interfijos en el diccionario académico). En el curso 1981-1982, se trasladó ya a Madrid, a la Complutense.

El contacto con los amigos zaragozanos se hizo a partir de entonces menos frecuente, pero se mantuvo para siempre, sobre todo epistolarmente, práctica muy apreciada y defendida por Pepe. Y también mediante encuentros personales. Por ejemplo, él fue a visitar a Galicia a su amigo Fermín, profesor en Vigo, y compartieron una excursión a las islas Cíes que siempre recordaron. O fueron frecuentes los paseos por Madrid, o los amigables cafés en el César Carlos (donde Pepe vivía), cuando ya este llevaba adelantado el doctorado y eran los zaragozanos los que se acercaban a la capital, donde, por cierto, Pepe ya se había hecho con un estupendo grupo de amigos. Algo que impresionaba siempre a Rufino y a Fermín era el deseo de Pepe de adquirir una formación humanista, personal, a base de lecturas propias y de la experiencia estética, también personal, del arte, o de la música. Podía explicar el Louvre como él lo había asimilado, o comentar la emoción que le había producido la edición de las *Edades del Hombre* en Valladolid. Fermín cree ver en ello que su amigo se había propuesto, al modo de la educación propugnada por la Institución Libre de Enseñanza, aprender a base de la observación y de la asimilación reflexiva, personales, propias.

A fines de septiembre de 1985, Pepe defendió en Madrid su tesis doctoral, dirigida por Lázaro Carreter. Versaba sobre un tema de índole historiográfica que hacía pensar ineludiblemente en la del propio Lázaro (*Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*) y que mostraba el abanico intelectual, enriquecedor, diseñado para la formación del discípulo-sobrino. Este había transitado desde el análisis de los interfijos al estudio de las obras de filólogos señeros de nuestra Escuela Española de Filología, como Menéndez Pidal, Américo Castro, Dámaso Alonso, o Amado Alonso (por ejemplo), según se puede apreciar en el libro que reflejó la memoria doctoral de Pepe, *Medio siglo de filología española (1896-1952): positivismo e idealismo* (Madrid, Cátedra, 1986), reseñado, por cierto, dos años después, por su compañero de curso Miguel Ángel Muro Munilla en los *Cuadernos de Investigación Filológica* de La Rioja. Monge y yo formamos parte del tribunal calificador de la tesis y nos sentimos muy orgullosos de nuestro antiguo alumno

zaragozano. No revelo nada nuevo si digo que Monge y Lázaro eran muy amigos y que a Pepe la familia de Monge lo había conocido desde niño (María Pilar Monge, hermana de don Félix, lo recuerda siempre como Pipo), y verlo bien encauzado en su carrera académica nos alegró mucho. Si no recuerdo mal, ya había disfrutado de una Beca de Formación de Personal Investigador y había salido a París, donde había asistido a las clases de Jean-Claude Anscombe en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, relación que se mantendría también, como en el caso de los amigos de Zaragoza, para siempre.

En realidad, la formación de Pepe en la Complutense, según me contó él mismo, en nuestras conversaciones de la década de los 90, no solo se centró en la tesis, sino, tanto, o incluso más, en dos actividades que Lázaro le prescribió como esenciales en cuanto se asentó en Madrid: aprender a escribir y asistir a las clases de gramática de Ignacio Bosque. Y, como hizo en la licenciatura, cumplió el programa a rajatabla. La maestría en la escritura se convirtió en una tarea en la que su tío le exigía la perfección, a base de corregir, corregir y corregir. La propia práctica epistolar se convirtió en una vía de aprendizaje práctico. El esfuerzo lo compartía epistolariamente con su amigo Fermín:

Me contaba la lucha que libró por mejorar la calidad de página. Su tío, convertido en su director de tesis, era muy exigente al respecto. Le exigía trabajo depurado, muy corregido. Ahí Pepe aprendió mucho.

De las clases de Ignacio Bosque adquirió, sobre todo, una forma de hacerse preguntas para el análisis de los fenómenos lingüísticos. Pero no fue la gramática la disciplina que más lo sedujo. El ámbito que realmente lo conquistó fue el estudio del discurso a través de las enseñanzas de Jean-Claude Anscombe en París. Yo creo que concibió el análisis de los conectores como un plan de investigación, en español, en el que podía llevar a cabo un trabajo personal, de envergadura y de singular originalidad. Y se propuso llevarlo a cabo con el talento, el trabajo sistemático y el tesón que ya había puesto en práctica en la licenciatura. Y digo esto pensando no tanto en su primera contribución sobre *pues* (publicada en *Dicenda*, en 1989), sino en el artículo que publicó en *Verba*, en 1993 («La distinción entre los conectores y otros marcadores del discurso en español»), donde ofrecía un muy amplio elenco de partículas discursivas con distinciones sumamente inteligentes que preludivan ya un estudio de conjunto totalizador sobre esa clase de signos.

Así las cosas, he aquí que yo había comenzado a trabajar sobre ese tipo de elementos a raíz de un encargo (en 1986) para el *Lexikon der romanistischen Linguistik*, que se publicó en 1992, y a los que me había referido en un trabajo sobre los materiales del habla de Zaragoza («Elementos de cohesión en el habla de Zaragoza») publicado en 1991

por la Diputación General de Aragón (*I Curso de Geografía Lingüística de Aragón*), de suerte que me pareció muy oportuno presentarlos como un objeto de estudio que podía resultar de interés indudable para el análisis del discurso en español con motivo del Congreso de Lengua Española que nos reunió en Sevilla, convocados por el Pabellón de España y el Instituto Cervantes, en 1992 (las actas fueron publicadas en 1994). Fue por ese motivo por el que Ignacio Bosque, además de pedirme algunos datos sobre la publicación del *Lexikon*, me habló de la GDLE que estaba preparando con Violeta Demonte, junto con el apoyo de Lázaro Carreter y la Real Academia Española. Ignacio me comentó también que querían proponernos a Pepe Portolés y a mí la elaboración, para dicha gramática, de un capítulo (o de dos capítulos separados, según nos pareciera más conveniente) sobre los marcadores del discurso. A mí la propuesta me encantó y la acepté de inmediato.

Pepe y yo empezamos a reunirnos en los primeros días de 1994. Nos encontrábamos en un salón del hotel Chamartín, porque, desgraciadamente, mi marido y yo teníamos una sobrina de 15 años, enferma con un rhabdomyosarcoma, en el Hospital Ramón y Cajal, y en Chamartín tomábamos el cercanías para ir al hospital. Ese fue nuestro destino muchos fines de semana hasta enero de 1996, año en que falleció nuestra sobrina. Pepe me preguntó por los materiales del habla de Zaragoza, por mis trabajos sobre algunas partículas procedentes del habla oral y también me pidió opinión sobre la conveniencia de redactar un solo capítulo o dos. Yo le expuse que me parecía más razonable incluir el estudio de los marcadores del discurso en un solo capítulo, porque habríamos de elaborar un primer gran apartado en el que ofreciéramos su definición, características, clasificación, etc. y sería muy complicado dividir en dos capítulos contenidos de esa índole.

Empezamos con la mejor voluntad. Pero pronto quedó claro que éramos dos personalidades muy diferentes. Pepe cada vez estaba más interesado por el tratamiento de las partículas discursivas desde la óptica de la Teoría de la Relevancia (o, como él prefería, de la Pertinencia). Más incluso que dentro de la Teoría de la Argumentación. A mí, en cambio, me atraían más las regularidades gramaticales, y, desde luego, los «procedimentalistas» no me agradaban mucho, la verdad. Recuerdo que Pepe me dijo una vez: «Oye, pero les tienes franca antipatía, eh». Y nos echamos a reír. Para Pepe lo más interesante del planteamiento de autores como Dan Sperber, Deirdre Wilson y Diane Blakemore, entre 1986 y 1992, es que permitía ofrecer un estatuto propio para las partículas discursivas por su tipo específico de significado (de *procesamiento*), y ello las dotaba de unas posibilidades teóricas extraordinariamente poderosas, o potentes. Pero no solo diferíamos en nuestras preferencias metodológicas, también en nuestra forma de trabajar: Pepe era mucho más riguroso para el control del tiempo, mientras que yo lo

medía muy mal, pero muy mal. Afortunadamente, llegamos a buen puerto. Y, como he dicho antes, nos consideramos contentos del resultado final del capítulo. Tras algunas reticencias, Pepe me escribió un correo electrónico en el que me manifestaba su satisfacción. Era una buena conclusión.

Recibimos una invitación conjunta a Reims en marzo de 2000. Y delante de la portada occidental de la catedral, mirando al famoso ángel de la sonrisa, pude yo también experimentar la emoción de las palabras de Pepe ante una obra de arte. Aquel viaje, invitados por Silvia Palma, querida colega argentina, nos permitió compartir unas sesiones muy enriquecedoras, en las que también estuvo presente Jean-Claude Anscombe. A los dos nos gustaron mucho todas las intervenciones. Yo creo que aquella fue una de las más que Pepe apreció más.

Ha sido muy dolorosa la pérdida de Pepe Portolés. Se nos ha ido tan joven. Con una obra tan bien hecha y que, al mismo tiempo, debía crecer con tantos frutos más. Al escribir estas líneas, no puedo dejar de pensar que allí donde está, en el lugar del descanso, de la luz y de la paz, me mira con una cierta guasa por no haber concluido a tiempo el trabajo al que me había comprometido. No le habrá extrañado. Confío en que aprecie, a través de estas páginas, el cariño y la admiración de sus amigos de Zaragoza, de sus profesores, de quienes tuvimos la suerte de conocerlo, tratarlo y compartir hermosos momentos del regalo que ha sido su vida.